

Luis Antonio Sáez

Por qué lo llamamos despoblación cuando no sabemos qué decir (deseo, felicidad, silencio): glosario de viaje

La despoblación es un tema muy sentido de siempre por los vecinos de pequeños pueblos, pero no hace tanto de su titularidad en las redacciones de los grandes medios ni en las agendas políticas centrales. Es un asunto muy importante que en España afecta a inmensos desiertos llenos de nostalgias, a la vez que muy fácil de aderezar en diagnósticos y políticas al gusto del respetable. Por eso más bien extraña que no saliera a la palestra hace ya tiempo, dadas esa maleabilidad dialéctica y la abundancia con que se daba.

Porque la despoblación da mucho juego retórico. Propicia consensos en lugares comunes y despierta adhesiones que, por diferentes que sean las historias que transpira y las estrategias que trama, al final siempre encajan. Un comodín para conferencias y entrevistas de quienes sin labia ni evidencias meten baza.

A grandes trazos, se suelen distinguir tres conjuntos de causas en la atracción o el desagrado por un lugar. Las económicas, unas de las más citadas, aluden a las posibilidades de obtener rentas adecuadas, salariales y mercantiles, anclaje fuerte donde los haya. La forma como se comportan los diferentes Gobiernos, según sean las contribuciones que exigen y los servicios que ofrecen, influirá en dónde fijar la residencia fiscal. La gente lista la reubica según coordenadas planetarias, por lo que desplazarla unos kilómetros resulta sensato cuando de repoblar se trata. Muchos analistas se concentran solo en este duelo entre mercados y Gobiernos, dicotomía suficiente para quien prescinde de la perspectiva analítica que da profundidad al cuadro, la persuasión, el sentimiento hondo.

Porque los valores son muy fáciles de obviar y muy difíciles de visualizar cuando tratamos la despoblación, no baremable por tecnócratas y sin conceptualizar por teóricos. Y el deseo de vivir en un sitio, como todo deseo, habita donde le da la gana, lo mismo que las impredecibles personas persuadidas por él. Esta tercera componente, asistemática y sugerente, es la más decisiva, la que arrastra más que cien carreteras y cien bandas anchas. La supervivencia de un pueblo es consecuencia última de la voluntad humana, del ajuste de cuentas personal con el resto de sus circunstancias.

Sobre estas cuestiones esbozo algunos puntos a continuación, al sondear el sentido de la despoblación y su dependencia del deseo, el objetivo de bienestar y felicidad en que se plasma, y lo que creo que queremos decir cuando hablamos de ella, incluso cuando por ella se calla. En este juego de sobreentendidos se aprecia que la despoblación también cambia, que debería ser incluso más audaz en su debate para ir a tierras extrañas y escapar de tantos prejuicios y preconcepciones que la atrapan. En el intento de hallar horizontes más abiertos, de intercambiar ideas mejor trabadas, de reconocerse en las muchas despoblaciones que habitan en el planeta, un glosario nunca falta.

El deseo

De la despoblación suele hablarse en tercera persona impersonal, como si fuera consecuencia de fenómenos telúricos y sistémicos, en espirales desencadenadas por una *causa incausada* que no para de cebarse con estadísticas muy exiguas. En las barras de bar se intercambian unas versiones más amenas que incluyen conspiraciones historiadas sobre moquetas de Madrid, Bruselas o Washington.

Es cierto, como cuentan teorías estructuralistas y enfoques macro, que nuestras conductas están enmarcadas por robustas restricciones sociales, pero nada impide asomarse por la ventana a ver cómo se pasa la vida, tan abierta, cómo se razonan las ilusiones, tan callando, y cómo se puede escapar por ella cuando sofismas



popularizados cierran al rigor las puertas del razonamiento. Las interpretaciones deterministas de la despoblación lanzadas sin ninguna evidencia me inquietan porque de ser asumidas nos conducirían a una sociedad fosilizada solo mejorable por otras fuerzas antagónicas casi igual de mitológicas, como heroicos fondos europeos o leyes de desarrollo rural hercúleas, apenas por razones y evidencias que inspiren estrategias cotidianas y certeras.

Y, sin embargo, es la mera voluntad individual la que desbarata su hueca grandilocuencia. Porque dentro de esas seculares tendencias pétreas se mueven personas atomizadas, caóticos individuos que contagian de entusiasmo a otros, y el aleteo imprevisible en sus órbitas vitales puede generar tormentas que giren inercias y demostrar que las cosas, si se puede y se quiere, cambian.

En el pasado, cuando España era un país en vías de desarrollo y dictatorial, afrontar aquellas limitaciones tan rotundas y globales era costoso, con autoritarismos y miedos en contra, en situaciones en que la familia exigía orientar estratégicamente los esfuerzos hacia necesidades urgentes, sin incurrir en temeridades altruistas. Con subempleo, inexistente estado de bienestar y unas diferencias de renta elevadas, más un patriarcado exigente, la ciudad succionaba del rural a la gente, por sí misma y por lo mal que los pueblos estaban. Solo los cantautores componían políticas de desarrollo local. El deseo de quedarse no podía concretarse en nada; parecía un sueño sin almohada.

Sin embargo, aunque los primeros disidentes nunca mandan, su semilla cala y al tiempo verdean sus promesas. Con el clima favorable de la nueva democracia se empezó a implantar centros de salud y de enseñanza en los pueblos, a ensanchar carreteras, a apoyar negocios y a adecentar fachadas, y la gravedad con que la ciudad atraía ya no era monetaria, ni política, ni libertaria, sino de esperanzas personales inquietas, muchas veces vanas. Se seguía y se sigue hablando de calidad de empleo, de cosas que faltan e importan, de leyes que no se piensan, pero la verdad de marchar no sale ya fundamentalmente del mercado ni del Gobierno, en unas

cosas mejor uno y en otras peor otro, globalmente aceptables, sino de las ganas que se tengan, explicables fundamentalmente por motivaciones intrínsecas, unas sublimes, otras bastante planas.

No queda bien decir que la despoblación existe básicamente —aunque no exclusivamente, cierto— porque nos da la gana, que deriva del deseo. Solo una palabra, pero con mucho dentro.

La felicidad

Los aspectos relevantes de la despoblación se describen mejor con estadísticas, nadie lo duda, pero es una ventaja que se extrema hasta el punto de que los discursos dominantes, hechizados por su concisión y su inimpugnabilidad, la jibarizan en unas pocas cifras, subsumiendo aquella en estas. No es solo un tropo, una sinécdoque que agiliza sus explicaciones, sino un error simultáneamente metodológico, teórico y práctico que se maneja como certeza en esos tres campos, muy dañino en la medida en que no se quiere ser consciente de él y se reproduce sucesivamente como tesis principal de nuevos relatos de mayor calado.

Porque los números revisten ocurrencias desnudas como cuestiones resueltas frente a aquellas que carecen de avales cuantificables. A pesar de ser estilizados, o precisamente por ello, se sienten atractivos por contundentes, si bien generan estilos matizados si suben o menguan. Las cifras altas inspiran políticas y teorías con modos de ganador solvente, sin incertidumbres ni error entre sus previsiones. En cambio, cuando restan, su erótica se turba en verborrea neurótica con justificaciones *ad hoc* que nadie comprende, histerismos victimistas y políticas discriminatorias poco eficientes.

En una atmósfera cargada de presiones e intereses se aborda la despoblación a la luz de estadísticas y cuantificaciones, no siempre diáfanas. Cegados por el resplandor mediático, los datos se convierten muchas veces en metas clarividentes sin desmenuzar ni interpretar su significado, y se concluye radical sobre su suerte.



Hay quien con el número de residentes, sin más, sentencia municipios como viables o en extinción al margen de su entorno, su trayectoria y su composición; densidades provinciales y municipales delimitan desiertos europeos para acreditar inversiones ingentes, prescindiendo de su capacidad de absorción económica, social y medioambiental; calificamos las noticias como tristes o alegres solo en función del número de nacimientos y de su saldo con el de muertes, sin preguntar por la calidad de vida o por si casaban deseos y elecciones.

Se concluye entonces que, aunque son muy útiles ratios e indicadores, también pueden resultar insuficientes si no se acompañan de palabras reflexivas que intenten dar explicaciones congruentes, derivadas de preguntarse cosas relevantes omitidas hasta entonces. Es decir, ¿qué hay debajo de los guarismos al escarbar en sus fuentes?, ¿qué hizo que subiera un cociente?, ¿de qué sirve ser más que menos gente? Se ha entrado poco en la cocina de las estadísticas, pero menos aún en cómo se rumian sus ingredientes, y si se hiciera, casi todas las cuestiones gravitarían sobre una cuestión impertinente pero, para aclararnos, de lo más procedente: ¿es usted feliz donde vive?

En la respuesta, empadronados, contribuyentes, regantes, cazadores y miembros de la comisión de fiestas configuran censos que influyen en la felicidad de la gente. Pero no de manera unívoca, y menos con la dependencia de hace décadas del número que alcancen. En el presente, las formas de residir en un territorio, de vincularse a él y dinamizarlo son plurales, no solo porque lo hagan distintas familias de diferentes formas, sino porque uno mismo, individualmente, reparte los instantes del año, de la semana, incluso del día, de maneras diversas, y no siempre, más bien pocas veces, las de más calidad donde tiene el domicilio fiscal; más bien al revés, en los casos en que tiene suerte, dedica lo mejor de sí al pequeño pueblo al que acude cuando puede para sentirse parte del universo.

La cuestión, por tanto, no es el cuánto, sino el porqué y el cómo de los que todavía viven allí, en pueblos pequeñitos, de aquellos que querrían hacerlo y no pueden, y el

modo en que podemos facilitárselo, no para que se consiga una cifra mágica, sino simplemente para que sean lo felices que la fragilidad humana permite.

Las respuestas sobre todo esto serán variadas y subjetivas, y veremos que autónomas de cifras concluyentes, aunque dependientes del contexto y del período histórico, pero sobre todo de la forma de mirar de la gente, de la mentalidad, del deseo latente. El bienestar es una flor de once pétalos, concluye nada menos que la ortodoxa Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en una investigación aplicada en la que concurren premios Nobel y gente inteligente (<http://www.oecd.org/statistics/measuring-well-being-and-progress.htm>). Todavía no ha reconocido la institución a la poeta infiltrada que compuso la infografía florida que se mueve según las intensidades de quien la huele. Tendría que despedirla y premiarla con un sito más indecente.

En suma, olvidémonos de decimales que bailan según conviene a las predicciones y de ratios y proporciones siempre mejores en tiempos peores para concentrarnos en las personas, que para ser felices siempre cuentan con innumerables razones.

El silencio

La despoblación combina bien en todas las salsas del mundo rural, incluso en la mayoría de las del desarrollo regional y hasta de la financiación autonómica. En el fondo es cierto que cualquier temática, por lejana que se inicie, confluye finalmente en la intención de vivir o no en un lugar pequeño y aislado, que mil variables interdependientes moldean una decisión así de compleja, y, por tanto, en todas ellas mezcla y rellena. Esto se refleja en una bibliografía oceánica con un sinfín de disciplinas, y abordarla requiere planteamientos interdisciplinarios y holísticos.

Pero muchas veces se toma en vano. Los expertos olvidamos que los argumentos más atractivos no llegan con sobeteos dialécticos reconocibles y trillados; se ligan mejor con la caricia del matiz, el ritmo del buen discurrir y la sorpresa del razonamiento, siempre precedidos de un rato callados. Nos sobran palabras sin contenido, discursos sin contexto, propuestas sin crédito dentro.



Además, el silencio define la despoblación, es consustancial a su existencia, a la conciencia de estar en ella. Es patrimonio invisible e incalculable de las tierras vacías, a cuyos habitantes, animales y vegetales, redime. En cada territorio suenan distintos, únicos en olores, paisajes, memorias y moscardones.

Lo necesitamos. La despoblación en silencio es elocuente.

Nuevo glosario

La despoblación viene de lejos, atraviesa todas las épocas y todos los países. De siempre hubo gente moviéndose por desiertos y entre mares hacia tierras prometidas, casas y pueblos dejados por intransigencias superpuestas a la miseria y, más recientemente, atraídos por neones que guiñan ofertas y pantallas que destellan éxitos curriculares en urbes verticales.

La mayoría hemos salido desde sitios en que se quedaban pocos hacia donde había muchos, una especie de ley de la gravedad humana y gregaria por querer ser más, creyendo que la abundancia de lo colectivo deriva a la personal.

Todo este cambalache sobre una Tierra que se traslada y gira, aunque deseando que nuestra tierra se quede quieta, intactas las figuras del belén rústico y pecuario, que, sin embargo, se mueve.

Porque lo normal es que todo fluya, vientos e ideas, personas y grullas, heterodoxos y apologetas.

El pensamiento no puede tomar asiento, dice la canción, y a la despoblación le toca también estar siempre de paso; su debate no puede apoltronarse en cátedras ni senados, ni solo desembocar en la queja inmóvil y descreída, siempre insípida.

Para este nuevo viaje inspirador, del que apenas se sabe la dirección, solo que se persigue un rigor perdido, conviene una mochila ligera, fácil de abrir a ideas y sin pesos muertos. Un diccionario vendría muy bien porque resuelve malentendidos y

propicia consultas imprevistas que refuerzan las urgentes, regalo que digitalizado se pierde. Pero pesan y ocupan el espacio de otro libro o de una muda siempre conveniente. Por eso se propone un breve glosario, una cuartilla para llevar a mano, que amplíe con pequeños matices los equívocos sobre la despoblación antes citados, que pueda sugerir nuevos relatos mejor hilvanados.

Sobre el deseo, volcarlo a lo humano, a su acepción más auténtica. Se le ha dejado deambular solo por el mercado, sin compañía, ni la de la razón prudente ni la de la pasión sincera. Así, se extasía frente a la tele, confundiendo el placer de un helado con un orgasmo, el rímel con la mirada, la cilindrada ruidosa con una zancada con el corazón desbocado. En esas coordenadas un mundo rural no es apreciado; amante del juego bonito más que del resultado, siempre pierde dentro del mercado. Si no habitan esencias en ese lugar deshabitado, no puede haber motivo para reivindicarlo.

Porque el deseo necesita sentirse querido, consciente de su falta pero también de su calado. Precisa piel y tacto, aliento y voz, tierra en la que perseguir gatos, nadar en pozas y echar partidos en patios inclinados. El deseo vinculado a un despoblado, enraizado en él, es solo un eslabón, mero usufructuario del espacio y del tiempo, consciente para disfrutarlo, nunca para malgastarlo, ni venderlo, ni agotarlo. Para recuperar los pueblos el deseo tiene que volver a ser sensible, invendible, dejar de estar alienado por precios, dividendos y salarios.

La felicidad dejó de ser una meta política, ausente hace mucho de constituciones e idearios. Se singulariza en libros de autoayuda, citada en consultas de profesionales con diplomas colgados, pero ya no es gratis, ni popular, ni conversada. Su lenguaje se ha especializado con términos esotéricos cuando no tecnicados. Desapareció de las confesiones con y sin celibato y no forma parte de discusiones vecinales en los poyatos. Para unos no existe, para otros solo los famosos la exhiben, pero hemos perdido un tema que daba para mucho, para opinar, entrometerse, discutir, y hasta pensar y sentir.



Hoy solo se usa en plural, reiterada en Navidades y cumpleaños, pero con sentidos meramente protocolarios, para decir rápido, sin más reparo, un te recuerdo descafeinado. Preguntar por ella a un amigo es entrometimiento; insinuarla frente al espejo, un tormento. Como estudiosos y como prácticos, la felicidad es la pregunta decisiva de la que derivar casi todo, si nos volvemos al pueblo, cómo nos sentimos en él, por qué marchamos, por qué quedarnos. Necesitamos volver a preocuparnos por nuestra felicidad, que incluye la de vecinos, amigos y el resto de los seres planetarios. Pasarla al debate compartido y a la acción. Detenerse a desmenuzarla, reparar(se) en ella, e insuflarla.

El silencio se perdió también, escasea, y en los pocos ratos en que se encuentra, molesta. Sus muchos significados han sido simplificados. Se asocia a la nada, cuando inspiraría todo. El ruido externo, omnipresente, lo aleja, pero también personalmente lo esquivamos, utilizamos cascos que lo aíslan, conversaciones superfluas para callarlo, electrodomésticos que se encienden apenas se nota que hemos llegado.

Los pueblos aislados tienen la suerte de estar cerca del vacío, único lugar en que paze tranquilo, más por olvido que por aprecio. Se visita poco, siempre acoge, escucha, incluso responde. Para reflexionar, imprescindible. No pasará mucho hasta que empiece a ser valorado. Pronto.

Deseo, felicidad, silencio no son exclusivos de los pueblos, aunque su autenticidad los premia. La ventaja de un sitio pequeño, aislado, olvidado, es que lo imposible está más cerca.